

## “Los diagnósticos de Bruno frente el origen y el vórtice de la experiencia”

Los padres de Bruno viven junto a él en Brasil, desconcertados, angustiados, preocupados ya no saben qué hacer, él tiene siete años y desde los dos viene cosechando diagnósticos y pronósticos de todo tipo, que van desde: autismo, trastorno general del desarrollo, síndrome oposicionista, bipolar, desorden del lenguaje, hasta apraxia del habla y la expresión lingüística. Han realizado estudios de todo tipo para descartar supuestos trastornos como: el síndrome de x-frágil, problemas auditivos, visuales, oftalmológicos, dificultades neurológicas, neurometabólicas, etc. Los exámenes correspondientes dan todos normales

¿Qué hacer con Bruno?, ¿Se trata de realizar más diagnósticos y establecer los consabidos pronósticos?

“Bruno afirma el informe-tiene poca intención comunicativa, se comunica por gestos seguido de vocalizaciones no articuladas, balbuceos, murmullos o palabras fuera de contexto. Cuando no es comprendido, se irrita, reacciona violentamente, se descontrola, se desorganiza y es sumamente agresivo, se calma solo con comida o el teléfono celular”. Desde los dos años concurre a una escuela, en estos momentos está en segundo grado. En todos estos años, si bien ha estado integrado con diferentes acompañantes-docentes integradores, sin embargo, no tiene relación con los otros niños, ni comparte otras actividades o instancias extraescolares. ¿Es posible, que después de cinco años en la misma escuela y con el mismo grupo, no haya podido establecer relaciones de amistad con sus compañeros?

Los padres deciden viajes más de 5000 kilómetros para realizar un estudio diagnóstico. Recibo a Bruno junto a ellos, ansiosos, me muestran la gran cantidad de informes que han traído (toda una verdadera carpeta), mientras su hijo se dirige directamente, sin mirarme, a una caja, en la que hay pequeños y grandes dinosaurios de plástico. Toma uno, se acuesta en el piso, lo mueve, al tocarlo, lo gira y chupa la cola, parece ensimismado en ese movimiento solitario que acompaña por momentos con un murmullo constante: “Uhuhuhuh”. Al mismo tiempo, los papás comentan los informes que acaban de entregarme. Expresan las preocupaciones por que no habla, no se le entiende, dice palabras pero sueltas. “Es violento-dice el padre- si no hacés lo que él quiere. Le cuesta mucho relacionarse con otros chicos de su misma edad”. Luego de ello, se quedan en otro cuarto y voy a encontrarme con Bruno. En silencio, él actúa como si no existiera, continua moviendo aisladamente el pequeño dinosaurio.

Cabría interrogarnos: ¿Qué hacer frente a esta situación?, ¿Cómo romper la soledad y el aislamiento de una experiencia que se encierra en sí misma?, ¿Es posible convocarlo desde la palabra, los gestos, el cuerpo o un juguete?, ¿Cómo dar lugar, crear espacio-tiempo para producir una demanda en el encuentro?

Los padres, aclaran, que uno de los mayores desafíos es llevarlo a la escuela, si bien hace cinco años que concurre al establecimiento y permanece con el mismo grupo de niños, no tiene “conciencia” grupal, ni aclara la madre-“sentimiento de pertenencia”. “Las dificultades del lenguaje no le permiten comunicarse bien con sus compañeros que lo tratan diferente, como si fuera prácticamente mucho más chiquito. Tiene muchas niñas del grado que son o actúan como mamás y lo ayudan, lo cuidan, lo traen, lo llevan...”

Me encuentro solo con Bruno, tirado en el suelo, toma un dinosaurio y lo mueve frente a sus ojos, lo lame, acaricia, muerde y vuelve a moverlo. Toma otro y lo enfrenta, parece una pelea entre ellos. Aprovecho esta escena y coloco sentidos a los aparentes movimientos de lucha, de dolor, ante unos supuestos mordiscos. Al hacerlo, por primera vez me mira francamente y esboza una tenue sonrisa. Vuelve a los muñecos dinosaurios que se pelean, realizo el sonido correspondiente al fragor de la lucha, participo de modo indirecto, oblicuamente, pero dentro de una experiencia que no deja de repetir. Bruno no alcanza a jugar, cabizbajo, anestesiado, reproduce una secuencia y un ritmo sin variantes, ni discontinuidades. La pobreza de la experiencia dramatiza el sufrimiento de un niño que no puede por sí solo salir de ese estado.

Desparramado, desolado en el suelo con varios dinosaurios de distintos tamaños, reitera el murmullo sin palabras (“Uhuhuhuh”). En un momento, decido romper la inercia de la insípida acción, busco una casa-carpa (plegable, de tela de avión), la abro y la coloco arriba de los dinosaurios. Bruno reacciona, sorprendido, mira a trasluz el techo y las paredes, registro la gestualidad y lanzo un dinosaurio al techo. Asombrado, golpea el techo, con lo cual, el muñeco cae al piso. Sonríe, festeja la caída, al mismo tiempo coloco palabras a la escena y vuelvo a arrojar otro dinosaurio. De este modo, comienza a producirse otra escena, arrojando dinosaurios al techo de la casa-carpa, devolviéndolos, guardándolos, para volver a tirarlos, esquivarlos, esconderlos y correr a buscarlos por todo el salón.

De un instante para otro, la “guerra” de “dinos”, inunda la experiencia, surgen palabras acordes al ritmo escénico, al espacio del “entredós” transferencial que se inaugura jugando. Bruno expresa: “No, no, no...”, se cubre con un almohadón para que no lo toque ningún muñeco, y arroja otros más grande, diciendo: “Papá, papá”...”Sí-afirmo-es el papá de los dinosaurios, quiere entrar a la casa”. Bruno sale corriendo y aprovecho para entrar a la casita, una vez dentro de ella, me levanto y al ser tan liviana queda sostenida en mi cabeza como un sombrero, cubre mi rostro, aunque por la textura fina y transparente puedo ver hacia afuera. La escena se transforma, gira y comienzo a perseguirlo, siempre con la casita en la cabeza. Él, risueño, se esconde, grita, me asusta y provoca. Cuando me detengo sale de la sala, donde se había refugiado, hace sonidos, murmullos y gestos para que lo busque. Salgo hacia allí, pero en ese instante, cierra la puerta. Ante ello, hago de cuenta que me golpeo con el marco, realizo el sonido del choque de mi cuerpo contra la puerta, grito: “Ay, ay, choque, me golpee...no importa, aunque me duela voy a volver...”.

La experiencia se enriquece, Bruno, entusiasmado, se esconde, grita para asustarme, para que me choque, contento, encuentra otros refugios, el consultorio deviene gestualidad-suspense, guarida, escenario de búsqueda, intriga. El placer de sentir placer jugando con otro origina, como un vórtice, la pérdida de lo anterior y el nacimiento de nuevas redes sucesivas que se encadenan en una serie escénica. Al terminar este encuentro la experiencia compartida preanuncia nuevos escenarios a producir y jugar.

En el próximo encuentro, Bruno está en el umbral del consultorio. Me ve venir desde la esquina, lentamente se separa de sus padres y sale corriendo. Al verlo venir, me escondo tras un árbol, al hacerlo y despistarlo, él gira, mira a los papás, retrocede unos pasos...al verme nuevamente, sonríe y vuelve a buscarme. De la mano, subimos solos por el ascensor, previamente, nos despedimos de los papás que se sorprenden al vernos subir. Al entrar, busca los dinosaurios, se acuesta en el suelo con uno de ellos, lo da vuelta, lo muerde, lo mueve...la gran diferencia es que registro que para él estoy presente. Presencia que se da a ver en una fugaz mirada, en la postura, en un ínfimo movimiento gestual o a través de un sonido, acompañado de una acción que de algún modo me toca, en lo que hace tiempo denominé lo intocable del toque: el deseo del otro.

Ante esta situación espero, en un momento tomo un águila con pico pintado de rojo, la encarno (transformándome utópicamente en ella) con un sonido a saber: “Oehe, oehe, oehe”, al tiempo que la tomo con la mano para que vuele. Con el águila, volando, voy hasta el dinosaurio que sostiene Bruno, acentúo el sonido: “Oehe, oehe, oehe”, lo agarro y llevo al pequeño dinosaurio arriba del aro de básquet. Los dejo en ese lugar como si fuera la casa, el nido del águila. Bruno se para, me da la mano, señala el aro y dice: “Ahí, ahí”...”Si-respondo-está muy alto, pero...tengo una escalera de pintor...¿quierés usarla?””, él señala la escalera y la colocamos frente al aro. Temeroso, me mira y lo ayudo a subir el primer escalón, se asusta, la postura vacila, se acomoda, teme caerse, aprieta mi mano. Finalmente, sube un par de escalones y llega a la “maldita” águila. Al hacerlo, la tira con fuerza al piso, toma el bebé dinosaurio y baja con él de la escalera.

A partir de ese momento, la escena se repita pero ya no en la identidad mimética, sino en la diferencia. El águila vuelve con el sonido: “Oehe, oehe, oehe” a la carga y él con los dinosaurios se esconde, hasta que la terrible águila encuentra algún otro “dino” y lo lleva al nido (aro de básquet). La experiencia se complejiza, rescata los muñecos y cuando los tiene, frente al sonido “Oehe, oehe, oehe” que caracteriza al águila mala, Bruno hace el gesto de silencio para que se calle y llamativamente, espontáneamente, responde con otro sonido, el cual conlleva el mismo ritmo melódico, pero con una leve diferencia, dice así: “Ameu, ameu, ameu...”, que en portugués (recordemos que es brasilero) significa: “A mí, a mí, a mí...”.

La secuencia rítmica se multiplica en eco y el águila se esconde en el baño, la cocina, el balcón, o entre el buzo, la remera, la campera. Cuando suspendo el movimiento gestual y sonoro del águila, es él quien va a buscarla y la provoca para que lo persiga y continuar el juego escénico entretejido de risas, gesticulaciones y posturas, que dan cuenta sin duda, del placer del deseo de seguir jugando en el “entredós” transferencial de la escena, donde un niño, Bruno, toma la palabra gestual y afirma la propia imagen corporal.

La experiencia que realiza Bruno no se dice, se realiza, no es una sustancia material que se tiene, es del orden de la subjetividad del ser en escena. Esta transformación, la plasticidad, fuerza el nacimiento de lo nuevo. Bruno, se expresa, se vuelve otro, gesticula, exclama con algunas palabras el ferviente deseo de jugar, la posibilidad de decir lo que quiere, de desear el suspenso, la búsqueda y la aventura. Se pierde así el sufrimiento que tartamudeaba, frenaba y obstaculizaba el lenguaje, arrinconándolo en el impropio cuerpo del diagnóstico-pronóstico inapelable, de la “severa” discapacidad o el anonimato del símbolo.

Cuando Bruno llega al consultorio, queda inmantado y mimetizado en los pequeños dinosaurios, con los cuales no juega, los mueve, mira, acciona, chupa, los gira y reproduce la secuencia una y otra vez. Se espeja en el movimiento sensoriomotor, saturado de sí mismo, no puede, ni desea salir de él, se colma y extasía la experiencia, hasta devenir un signo cerrado, aislado, defendido de cualquier demanda deseante del campo del Otro. La imagen que él provoca, agota cualquier diferencia, la sensación de plenitud sensitivomotora se encierra en un signo unívoco.

Concluimos que lo que el símbolo (lo simbólico) no alcanza a anudar, a atrapar lo real, necesitamos anudarlo y jugarlo en la ficción que sucede al dar lugar a la experiencia escénica. La fecundidad de la ficción, como la capacidad de invención, corta, quiebra la opacidad de la mera acción con los dinosaurios y provoca la ausencia (el águila conmueve el escenario y se refugia en el nido-aro), crea la apertura, la novedad de un espacio para jugar y desplegar otra trama dramática, la cual, anteriormente, no se vislumbraba, ni se producía. La actitud gozosa, mimética con los dinosaurios, encarna la crueldad de la imposibilidad de generar otra alianza. Al jugar, se quiebra el estatismo indiferente de Bruno y lo relanza a enlazarse con el placer del sinsentido que él otro provoca, en este caso, el águila, el espacio del consultorio encarnado, figuradamente, en Esteban, como representante de lo otro, pero al mismo tiempo de lo nuevo.

De allí en más, el placer de sentir placer al jugar, comanda y orienta la experiencia, la cual, por estar siempre inconclusa, demanda y llama a la intriga de nuevos escenarios. El acto que se juega en la gestualidad vivificada de un sujeto, Bruno, nos demanda la potencia plástica de lo nuevo a inventar en la escena. Esta experiencia se asemeja a un vórtice. Este concepto nomina a cualquier flujo que rota en sentido de espiral o en forma de hélice como un remolino. Cuando el agua fluye por el lecho de un río y se encuentra frente a un objeto, en correspondencia a ese punto, se genera un movimiento espiralado, un pequeño o gran torbellino ondulante. El vórtice conforma un ritmo diferente al recorrido del agua, en el interior se mueve a mayor velocidad que en el exterior. De ese movimiento sinusoidal se desprende la fuerza, la energía y la potencia que rota sobre sí mismo, sobre un eje sin fin, sin finalidad previa.

Cuando en el caso de Bruno la experiencia escénica toma vida, deviene vórtice, metamorfosis, impulsa la movilidad propia del deseo que hasta ese momento no se producía. A contracorriente, gira enigmático y rota de escenario, en este caso, el águila, se transforma en un torbellino que produce otra secuencia rítmica, renueva la fuerza y la potencia deseante. No se trata de una sustancia “objetiva”, sino, de un giro generador de un espacio en apertura, lanzado a la aventura que supone el nuevo escenario en el encuentro relacional con otro.

La materialidad del águila, en realidad, se pierde como tal. La superficie encarnada que procuramos resaltar, palpita, dinámica, potencial, y rompe la inmovilidad a partir de la rotación. Es un pliegue en el agua que no se puede asir, agarrar, pues al querer hacerlo, vuelve a rotar en el incesante devenir de la nueva experiencia, la cual, al girar hacia el centro, se vuelve a expandir hacia afuera, recuperando la salida, que no es otra, que la otra escena, la que en Bruno se trababa y hasta ese momento, no podía jugar.

La infancia es una gota de agua y un vórtice, nacer, fluir, girar y volver al origen para crear otro y de este modo, recrear una vez más, el propio nacimiento deseante. La sensibilidad infantil es efecto y causa de ese remolino-vórtice por donde rota una vez más, la historicidad subjetiva de Bruno, aquella que origina el querer y el afecto originario del deseo.

Esteban Levin  
estebanlevin@lainfancia.net  
www.facebook.com/LaInfancia  
www.lainfancia.net